Los raros
Los nuevos pactos de lo real

Rosa Beltrán

Hay objetos y nociones que surgen de lo literario y no de lo que llamamos "lo real". Hay incluso quienes llegan al extremo de afirmar que eso real no existe, que es una convención. Que tú y yo nos ponemos de acuerdo —lenguaje de por medio— para establecer un pacto de autenticidad. Por eso, decidimos que las sirenas que observó Cristóbal Colón eran en realidad manatíes. Craso error: para el almirante y su tripulación eran sirenas, para ti y para mí, manatíes. ¿Qué serán para otros mañana? Ésta es la pregunta que me interesa dilucidar.

Cada época hace sus propios pactos con lo real. El acuerdo común es lo que hace que decidamos qué existe y de qué modo y no algo que está allá, afuera, tratando de convencernos. Hoy habitamos existencias virtuales que no son menos auténticas que aquellas en que nos encontramos cuerpo a cuerpo, sin pantallas de por medio. ¿A qué otras esferas nos empujan las nuevas relaciones sociales, las nuevas tecnologías y, sobre todo, cómo representamos esas identidades incorpóreas caracterizadas por intensos encuentros y desencuentros textuales? ¿Cuál de todas nuestras formas de existir es nuestra existencia dominante? "El cuerpo, que alguna vez vivió en lo real de tiempo completo, se ha convertido en un misterio narrativo", dice Juan Villoro, en respuesta a un artículo de Cristina Rivera Garza sobre la necesidad de tener un contacto distinto con lo real; de narrar la verdad aun a sabiendas de que tal tarea es imposible.[1] Este cuestionamiento sobre la ineficacia de la ficción para "volver real" la vida ficticia del yo en la literatura contemporánea abre un debate —que si no lo es, debería serlo, y al que me sumo desde ya— y lanza al universo de lo conjetural una serie de posibilidades para abordar una narrativa que dé cuenta de la carne y la respiración, del "núcleo mismo de la vida" al menos como la percibimos ahora.

Una de esas formas de abordaje consiste en observar de qué modo se comportan algunos de los objetos que aparecen cuando la literatura "descubre" que están ahí. Entre ellos, la ciudad. Los escritores adoran la ciudad. Mientras los pintores tienen mucho que hacer con el rostro humano, dice Gabriel Josipovici, incluso las literaturas más antiguas nos hablan de la ciudad. "Babilonia y Troya, Roma y Florencia ya estaban en la *Biblia*, la *Iliada*, la *Eneida* y la *Divina comedia*". Pero su observación no termina ahí. A través de Jack Toledano, el personaje de *Moo Pak* que pasea por Londres mientras conversa con su amigo Damien Anderson, el autor desarrolla la idea de la ciudad *construida* a través de una genial disertación. Porque hay una pregunta interesante que hacerse sobre la ciudad, declara. Dados los horrores de la ciudad moderna, ¿por qué atrajo y atrae con esa fascinación a la población rural? Hasta antes de la aparición de la ciudad moderna, el campo ofrece el ámbito de lo bucólico, del *locus amoenus*, del arraigo y la tradición. Pero basta con que la ciudad sea escrita, "basta con que irrumpa la ciudad moderna para que las reglas de la existencia rural empiecen a considerarse carentes de sentido y sólo la ciudad proporcione esa libertad necesaria para el descubrimiento de uno mismo" y la noción del "progreso personal". Y como la ciudad moderna es el centro de la perversión, dice Toledano, si queremos conservar nuestra humanidad tenemos que reinventarnos como nómadas de todas las ciudades, "tenemos que estar dispuestos a tomar lo que puedan darnos y proseguir nuestro viaje". Si te quedas en una sola ciudad, te corrompes. Sobre todo, si eres personaje. Eso es lo que ocurre a los protagonistas literarios en Roma, en Viena, en Berlín, en Londres y en Nueva York. Por eso, Josipovici se inventa un paseo. Un paseo literario que es una forma de estar y no estar, de decir y negar para hablar de los nuevos acuerdos a que nos empuja lo real en nuestros días.

Uno de esos nuevos pactos consiste en darnos cuenta de que elegir era una forma de habitar lo real que ya no existe. Según Gabriel Josipovici el tiempo de optar por esto o lo otro llegó a su fin, pues la realidad —o lo que tomamos hoy por real— nos obliga a vivir entre dos mundos de forma permanente. Pensemos en el papel del escritor actual. Es incapaz de existir si no se entrega a quienes editan, distribuyen y fomentan la cultura; a aquéllos que se congratulan de acercar ese autor a un público más amplio. Y desde luego, lo hacen, pero también hacen algo más. Cita el caso de V. S. Naipaul, autor de *El enigma de la llegada* que, entre otros asuntos, habla del asentamiento de un extranjero en Inglaterra. El protagonista, *alter ego* de Naipaul, es un forastero que va comprendiendo que no existe el arraigo, que todo es movimiento, que ha vivido en la ficción de asentarse. El libro es conmovedor por muchas razones, pero Josipovici repara en una fundamental. Y es que siendo un escrito autobiográfico termina con la muerte de la hermana y después con la del hermano "con una sobriedad y una serenidad tales que el dolor personal y las admirables cualidades humanas del doliente surgen con toda su fuerza". Sin embargo, continúa el autor, Naipaul es invita-

[1] Cristina Rivera Garza, "Contra la ficción", *Revista de la Universidad de México*, número 114, agosto de 2013, pp. 19-27.

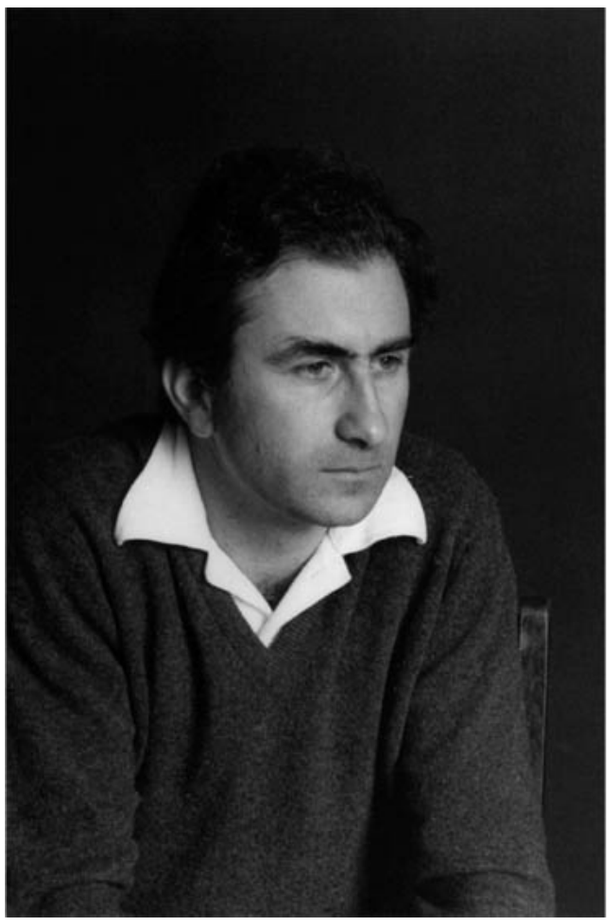
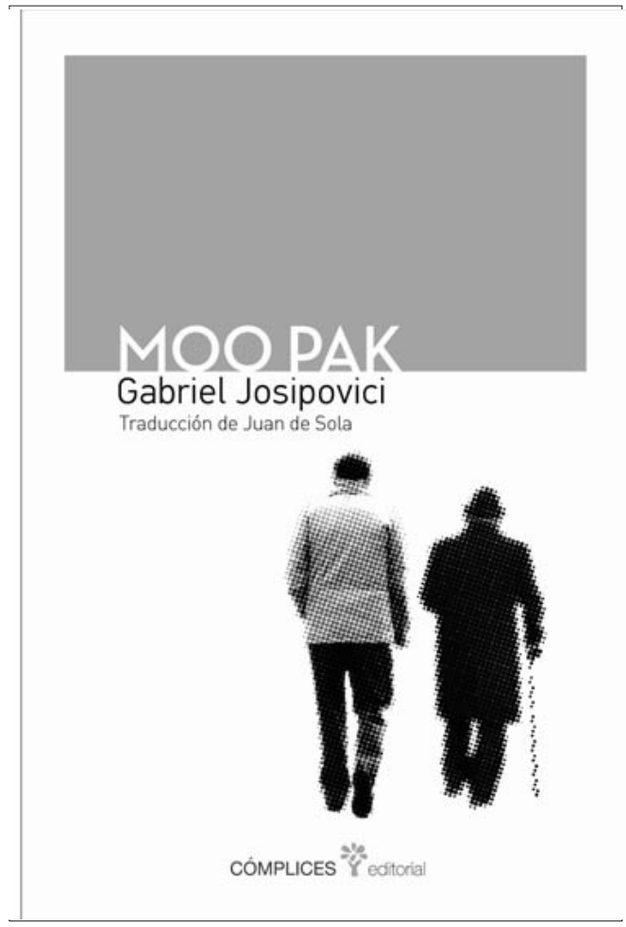
do a presentarse en televisión. Y lo que ocurre es que los pasajes que hicieron que el lector lo admirara por su capacidad literaria son los mismos que hacen que ahora lo desprecie, pues al leer ante las cámaras fragmentos sobre la muerte de sus hermanos y entonar el sufrimiento indecible por esa doble pérdida es como si suplicara a los televidentes que comprendieran la amargura y el dolor por los que pasó. Algo que no existe en el libro *leído en silencio* por el lector. Un chantaje. El autor no hizo sino *leer en tv* algo escrito en un libro, su libro. El instrumento que lo da a conocer ante miles de televidentes lo convierte *ipso facto* en manipulador. Algo muy sintomático de la cultura de los medios.

"La radio y la televisión nos han destruido", dice Josipovici, pero "está claro que no sería muy natural cerrar los oídos y los ojos a lo que emiten, aunque tampoco es muy natural tratar de sobrellevar, moral y psicológicamente, los horrores de que nos informan día tras día". Y es que el asunto es que si nos mostramos humanos y tratamos de hacer algo, nos devorarán, pero si aplicamos el instinto de sobrevivencia y "hacemos de tripas corazón… nos tocará vivir más con las tripas que con el corazón". Qué hacer pues frente a un mundo en el que nuestra mente y nuestros sentidos no se han podido adaptar a las cosas que hemos creado. Qué hacer con las noticias. La solución del autor no podía ser más que otra paradoja: tratarlas como historias en las que creemos y a la vez no tenemos por qué creer.

Este pertenecer y no tiene como corolario la idea de que el pacto que enmarca a todos es el exilio. En la era de la globalización, la movilidad y el viaje permanente son el espacio que se habita. No un lugar, sino más exactamente la travesía misma y, por tanto, el tiempo. Un tiempo que se vive en presente continuo. Para alguien nacido en Niza, hijo de padres judíos que estudia en El Cairo y emigra a Inglaterra, la idea del desarraigo parece natural. Sin embargo, creo que la condición de migrante nos es connatural a todos, aun si no hemos salido de nuestro entorno. Ni la forma de vida de nuestra infancia ni la calle en que crecimos se parecen. Hay algo consolador en la (falsa) idea de que la tradición y con ella lo aprendido no nos sirven para sobrevivir a un tiempo dominado por las circunstancias inéditas. Pues hay algo muy peligroso en la noción de seguridad, dice Josipovici. Consiste en la arrogancia de pensar que uno no necesita preocuparse porque todo irá muy bien, que todo irá estupendamente… sólo para descubrir, al final de la vida, que no es cierto.

La última paradoja, que da título al libro, tiene que ver con Swift. Ese erudito lleno de ingenio que concibe *Los viajes de Gulliver* como la inversión irónica de *El paraíso perdido*: la idea de que lo perderemos todo, incluso lo que realmente poseemos, si creemos que algún día podremos restaurar el paraíso en la tierra. Y bien, ¿qué nos queda? Nos queda vivir sin esperanza y, al mismo tiempo, esperar. Vivir des/esperanzados, sin optar por cualquier alternativa que pretenda sacarnos de la simultaneidad de la que el propio lenguaje —que no la realidad— nos ha escindido. **u**

Gabriel Josipovici, *Moo Pak*, traducción de Juan de Sola, Cómplices Editorial, Barcelona, 2012, 180 pp.



Gabriel Josipovici